

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

One of the most beautiful ritual celebrations of the Catholic Church during Holy Week is the Chrism Mass. I really cannot say whether the Chrism Mass is something that captures the attention of most Catholics in any diocese or archdiocese. I can say that the Chrism Mass on Tuesday, March 31st, at Saint Peter's Cathedral in Scranton was a standing-room-only congregation made up of a broad demographic.

The special beauty of the Chrism Mass derives from a couple of unique reasons no matter where it is celebrated. For one, the Chrism Mass celebrated in one's own local church, that is his or her diocese or archdiocese, derives its special beauty from the warmth of familiarity. The Chrism Mass joins the faithful around their bishop, together with clergy, religious and laity in a familiarity that forms the bond of unity. I personally became joyfully moved to tears as I entered and exited the cathedral on Tuesday afternoon. Except for when I was studying abroad, I've attended the Chrism Mass in Scranton every year in the last 27 years. Entering, I remembered processing into the Cathedral of Saint Peter almost 27 years ago to be ordained a Catholic priest. When exiting, it was once again the acclaim of the faithful, expressed in grand applause, for the priests that once again choked me up. And it's not just the location that stirs me, though that is a very important part of the experience. Indeed, if the location of the Chrism Mass were other than the Cathedral of Saint Peter, I would still be so moved, because the spirit of unity created by the bonds of charity transcends time and place. That is proven in the fact that 27 years ago it was a different bishop who ordained me, a different gathering of the faithful gathered to celebrate and a different group of priests as well.

Another unique reason for the beauty of the Chrism Mass is the consecration of the Holy Oils, namely, the Oil of the Sick, the Oil of Catechumens and Sacred Chrism by the bishop. I'm not sure if it occurs to most Catholics, but the sacramental elements used in the celebration of the Sacraments are renewed during Holy Week liturgies. That's why there is no holy water in the fonts on Holy Thursday and Good Friday. Neither are there any candles alight in candle racks which typically illuminate the darkness of a vacant church building, nor consecrated oils in the Ambry. Almost every sacred sign used in the Sacraments is renewed, especially at the Easter Vigil. And those consecrated oils garnered from the Chrism Mass are the signs used throughout the year by the priest, when he anoints the sick and dying, when he baptizes the catechumen or newborn child, or confirms a youth or someone in danger of death who desires to be in full communion with the Catholic Church.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

Una de las celebraciones rituales más hermosas de la Iglesia católica durante la Semana Santa es la Misa Crismal. Realmente no sabría decir si la Misa Crismal es algo que capta la atención de la mayoría de los católicos en cualquier diócesis o arquidiócesis. Lo que sí puedo decir es que la Misa Crismal del martes 31 de marzo en la Catedral de San Pedro de Scranton contó con una congregación que abarrotaba el templo y que estaba compuesta por personas de todo tipo. La belleza especial de la Misa Crismal se deriva de un par de razones únicas, sin importar dónde se celebre. Por un lado, la Misa Crismal celebrada en la propia iglesia local, es decir, en la diócesis o archidiócesis de cada uno, obtiene su belleza especial de la calidez de la familiaridad. La Misa Crismal reúne a los fieles en torno a su obispo, junto con el clero, los religiosos y los laicos, en una familiaridad que forma el vínculo de la unidad. Personalmente, me emocioné hasta las lágrimas al entrar y salir de la catedral el martes por la tarde. Excepto cuando estudiaba en el extranjero, he asistido a la Misa Crismal en Scranton todos los años durante los últimos 27 años. Al entrar, recordé mi procesión hacia la Catedral de San Pedro hace casi 27 años para ser ordenado sacerdote católico. Al salir, fue una vez más el reconocimiento de los fieles, expresado en un gran aplauso, hacia los sacerdotes lo que me emocionó hasta las lágrimas. Y no es solo el lugar lo que me conmueve, aunque eso es una parte muy importante de la experiencia. De hecho, si la Misa Crismal se celebrara en otro lugar que no fuera la Catedral de San Pedro, seguiría sintiéndome tan conmovido, porque el espíritu de unidad que crean los lazos de la caridad trasciende el tiempo y el espacio. Esto queda demostrado por el hecho de que hace 27 años fue otro obispo quien me ordenó, otra congregación de fieles se reunió para celebrar y también otro grupo de sacerdotes. Otra razón única de la belleza de la Misa Crismal es la consagración de los Santos Óleos, a saber, el Óleo de los Enfermos, el Óleo de los Catecúmenos y el Santo Crisma por parte del obispo. No estoy seguro de si a la mayoría de los católicos se les ocurre, pero los elementos sacramentales utilizados en la celebración de los sacramentos se renuevan durante las liturgias de la Semana Santa. Por eso no hay agua bendita en las pilas bautismales el Jueves Santo y el Viernes Santo. Tampoco hay velas encendidas en los candelabros que suelen iluminar la oscuridad de una iglesia vacía, ni aceites consagrados en el ambro. Casi todos los signos sagrados utilizados en los sacramentos se renuevan, especialmente en la Vigilia Pascual. Y esos aceites consagrados obtenidos de la Misa Crismal son los signos que utiliza el sacerdote a lo largo del año, cuando unge a los enfermos y moribundos, cuando bautiza al catecúmeno o al recién nacido, o cuando confirma a un joven o a alguien en peligro de muerte que desea estar en plena comunión con la Iglesia católica.

PASTOR'S CORNER | REFLEXIÓN DEL PASTOR

REV. RAFAEL O'FARRIL
ASSISTANT PASTOR



Querida familia de Nuestra Señora de la Paz:

¡Cristo ha resucitado!, ¡verdaderamente ha resucitado!

Con profunda alegría pascual les felicitamos y abrazamos en este día que transforma la historia y renueva nuestra vida. No celebramos una idea ni un recuerdo, sino un acontecimiento real: Dios ha irrumpido en la muerte y la ha vencido para siempre.

La Palabra proclamada hoy nos sitúa ante el corazón mismo de nuestra fe. En los Hechos de los Apóstoles (10,34a.37-43), Pedro no predica teorías, sino testimonio: “nosotros somos testigos”. Ha visto, ha comido con Él después de la resurrección, ha sido alcanzado por esa Vida nueva. La fe cristiana no nace de una suposición, sino de un encuentro que transforma. Por eso, la Iglesia no anuncia una doctrina fría, sino una experiencia viva: Cristo vive, y su vida se nos ha comunicado.

San Pablo, en la carta a los Colosenses (3,1-4), nos lleva más profundo: “busquen los bienes de arriba”. La resurrección no es solo un hecho que contemplamos, sino una vida que asumimos. Hemos resucitado con Cristo. Esto implica un cambio radical de mirada, de criterios, de deseos. Ya no vivimos anclados en lo pasajero, en lo superficial o en lo que perece, sino en aquello que tiene sabor de eternidad. Nuestra vida está “escondida con Cristo en Dios”, y eso redefine nuestras decisiones, nuestras luchas y nuestras esperanzas.

El Evangelio de San Juan (20,1-9) nos presenta el camino de la fe pascual: ver y creer. El sepulcro vacío no impone, sino que invita. Juan entra, ve y cree. Pedro entra, observa, y comienza un proceso. María Magdalena corre, busca, anuncia. Cada uno recorre su propio itinerario hacia la fe. Así también nosotros: la resurrección no se impone por la fuerza, se acoge desde un corazón que se deja interpelar. Dios no violenta; revela. Y en esa revelación, espera nuestra respuesta. La reflexión de nuestros exegetas nos recuerda que la Pascua no es un punto final, sino un comienzo. Si Cristo ha resucitado, entonces nuestra vida no puede seguir igual. La fe verdadera se convierte en testimonio concreto: en la forma de amar, de perdonar, de levantarnos después de caer, de sostener al que está herido, de permanecer fieles incluso cuando no somos correspondidos. La resurrección se hace visible en una vida transformada.

Hoy, más que nunca, el mundo necesita testigos. No bastan palabras; hacen falta vidas que hablen. Personas que puedan decir, como Pedro: “yo lo he visto”, no solo con los ojos, sino con la existencia. Porque quien ha experimentado al Resucitado no puede callar, no puede vivir igual, no puede esconder lo que ha recibido.

Familia querida, Dios, la historia y la misma Palabra esperan de nosotros ese compromiso de vida: transmitir lo que hemos escuchado, lo que hemos visto y lo que hemos vivido. La Pascua nos envía. No somos espectadores de la resurrección, somos portadores de ella.

Que esta celebración no se quede en un momento, sino que se convierta en un estilo de vida. Que donde haya tristeza, llevemos esperanza; donde haya muerte, anunciemos vida; donde haya oscuridad, encendamos la luz de Cristo.

¡Feliz Pascua de Resurrección!

Cristo vive... y nos llama a vivir con Él.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR**

REV. RAFAEL O'FARRIL
ASSISTANT PASTOR



Dear family of Our Lady of Peace:

Christ is risen! He is truly risen!

With deep Easter joy, we congratulate you and embrace you on this day that transforms history and renews our lives. We do not celebrate an idea or a memory, but a real event: God has entered into death and has conquered it forever.

The Word proclaimed today places us at the very heart of our faith. In the Acts of the Apostles (10:34a, 37–43), Peter does not preach theories, but testimony: “we are witnesses.” He has seen, he has eaten with Him after the resurrection, he has been touched by that new Life. The Christian faith is not born from a supposition, but from an encounter that transforms. Therefore, the Church does not proclaim a cold doctrine, but a living experience: Christ lives, and His life has been given to us.

Saint Paul, in the letter to the Colossians (3:1–4), takes us deeper: “seek the things that are above.” The resurrection is not only a fact we contemplate, but a life we embrace. We have been raised with Christ. This implies a radical change in our vision, our criteria, and our desires. We no longer live anchored in what is passing, superficial, or perishable, but in what has the taste of eternity. Our life is “hidden with Christ in God,” and this redefines our decisions, our struggles, and our hopes.

The Gospel of John (20:1–9) presents the path of Easter faith: to see and to believe. The empty tomb does not impose; it invites. John enters, sees, and believes. Peter enters, observes, and begins a process. Mary Magdalene runs, searches, and announces. Each one walks his or her own journey toward faith. So do we: the resurrection is not imposed by force; it is received by a heart willing to be challenged. God does not force; He reveals. And in that revelation, He awaits our response.

The reflection of our exegetes reminds us that Easter is not an ending, but a beginning. If Christ has risen, then our life cannot remain the same. True faith becomes concrete witness: in the way we love, forgive, rise again after falling, support the wounded, and remain faithful even when we are not reciprocated. The resurrection becomes visible in a transformed life.

Today, more than ever, the world needs witnesses. Words are not enough; lives are needed. People who can say, like Peter: “I have seen Him,” not only with their eyes, but with their lives. For whoever has encountered the Risen One cannot remain silent, cannot live the same way, cannot hide what has been received.

Dear family, God, history, and the very Word expect from us this commitment of life: to proclaim what we have heard, what we have seen, and what we have lived. Easter sends us forth. We are not spectators of the resurrection; we are its bearers.

May this celebration not remain a moment, but become a way of life. Where there is sadness, may we bring hope; where there is death, may we proclaim life; where there is darkness, may we light the light of Christ.

Happy Easter!

Christ lives... and calls us to live with Him.